

ESPAÑO

GUINIEA

COORDINADO POR ASIER MENDIZABAL

“Un negrito de doce años de aspecto travieso y risueño se adelantó súbitamente dando mil brincos. Se trataba de Rhejed, uno de los hijos pequeños del emperador. Llevaba bajo el brazo izquierdo una especie de roedor de pelo rojo que agitaba hacia todos los lados sus delgadas orejas tiesas. Con la mano derecha el niño alzaba una liviana puerta pintada de blanco que parecía tomada de algún armario pequeño.

Dejando la delgada puerta en el suelo, Rhejed asió el mango de un estilete de forma tosca que le asomaba del taparrabos rojo en que lo llevaba metido de punta. Sin dilación, mató limpiamente al roedor con el golpe seco de la estrecha hoja, que se hundió en la peluda nuca, donde se quedó clavada. El niño cogió rápidamente por las patas traseras el cadáver aún caliente y lo mantuvo colgando encima de la puerta. Pronto empezó a manar del hocico una baba pegajosa. Rhejed parecía tener previsto este fenómeno y, al cabo de un rato, le dio la vuelta a la puerta para mantenerla, oblicuamente, a corta distancia del suelo. El viscoso chorro, al correr por esta otra cara, formó en poco tiempo una capa circular de regular tamaño. Al final, la fuente del animal se agotó de pronto y Rhejed colocó al roedor en el centro mismo del reciente charco. Luego enderezó la puerta sin preocuparse del cadáver, que pegado por la extraña cola se quedó fijo en el sitio.

Con un gesto seco, Rhejed se soltó el taparrabos y pegó la punta del mismo en la primera cara de la puerta, más someramente untada que la segunda. La tela se adhirió con facilidad al pringoso barniz y lo cubrió por completo. Al volver a colocar la puerta en el suelo, quedó tapado un trozo del largo cinturón, mientras podía contemplarse al roedor pegado a aquella liga. Rhejed, girando sobre sí mismo para desenrollar el taparrabos, se alejó unos pasos y se quedó inmóvil, como si esperara algo. Desde hacía un rato, un olor extraño, debido al derramamiento de la baba, se había extendido con inusitada violencia en la plaza de los Trofeos. Sin que pareciera sorprenderle la fuerza de tales emanaciones, Rhejed alzaba los ojos como para acechar la aparición en pleno cielo de algún visitante esperado.

Transcurrieron unos minutos en silencio. De repente, Rhejed lanzó una exclamación de triunfo, al tiempo que señalaba hacia el sur una inmensa ave de presa que, planeando a bastante altura, se acercaba con rapidez. Con gran alegría del niño, el alado animal de brillante plumaje negro se dejó caer sobre la puerta, posando al lado del roedor las dos finas patas casi tan altas como las de una zancuda.

Más arriba del ganchudo pico, dos aberturas temblorosas, semejantes a unos orificios nasales, parecían dotadas de gran capacidad olfativa. El revelador aroma se había propagado sin duda hasta la guarida del ave, la cual, atraída primero y guiada después por un olfato sutil, había descubierto sin vacilar la presa que se ofrecía a su voracidad. Al primer picotazo que aplicó ávidamente al cadáver siguió un agudo grito que lanzó Rhejed, quien hizo con ambos brazos un gesto amplio y hostil. Tras el deliberado susto, el ave desplegó las gigantescas alas y volvió a levantar el vuelo. Pero con las patas atrapadas en la liga tenaz, arrastró la puerta que se elevó horizontalmente por los aires sin dejar atrás la tela roja pegada a su cara inferior. A su vez, Rhejed se alzó del suelo columpiándose en la punta del taparrabos, gran parte de la cual le rodeaba aún las caderas.

A pesar de esta carga, el robusto animal ascendió rápidamente en tanto que lo estimulaban continuamente los gritos del niño, cuyas carcajadas revelaban un loco júbilo...”

—Raymond Roussel, *Impresiones de África*, 1910

Aislar el momento previo al emprender el trabajo, la actitud que dispone al productor a crear las condiciones que desarrollarán —pero también alojarán— el proceso de creación era lo único que creí podía interesar en este ejercicio en el que un artista, y no un crítico o un comisario, confía en lo significativo de una elección. Que la elección, al fin y al cabo, y en aparente contradicción con esta premisa, sea de obra en estadio cercano a la conclusión, responde a la misma concreción: “cada uno a lo suyo”.

Sin embargo, estos dos trabajos nos enfrentan obstinadamente con ese momento, esa actitud. Las acciones producidas, más que representadas, en la obra de ambos artistas parecerían instaladas en lo absurdo si no fuera por la contundencia del gesto performativo que ejecutan. Las decisiones, en su arbitrariedad, provocan las acciones que validan sus propios enunciados. Lo que Lacan llama un acto, un movimiento que define sus propias condiciones. En ese sentido, y a través de la cita de Roussel, quisiera definir ese momento como áquel que posibilita que lo arbitrario se nos presente como inevitable. ■

ASIER MENDIZABAL
actualmente vive en Amsterdam.
asierrena@hotmail.com

AERNOUT MIK
vive en Amsterdam.
amik@wxs.nl

IÑAKI GARMENDIA
vive en Bilbao.
inakigar@hotmail.com